

las intrigas y tentativas de desorden que en capítulos anteriores hemos referido.

Las polémicas injuriosas, las excitaciones de la prensa boulangierista y de la prensa revolucionaria tuvieron una funesta consecuencia: un enfermo llamado Aubertin disparó un tiro contra Julio Ferry, hiriéndole en el pecho. La herida era insignificante, pero agravó una afección cardíaca que había de tener, pocos años después, un desenlace fatal.

La elección del 3 de diciembre no constituyó, como por encanto, una mayoría parlamentaria duradera. Bien claro se vio esto durante la crisis ministerial y más claro había de verse todavía después de la crisis y durante toda la presidencia de Carnot.

Creyéndose obligado á dar un paso hacia los radicales, á quienes debía las dos terceras partes de los sufragios del primer escrutinio, el presidente de la República llamó en primer lugar á Goblet que se había desengañado del general Boulanger y que, como presidente del Consejo, había hecho demostraciones amistosas muy significativas á la derecha republicana y hasta á la Santa Sede. Goblet imaginó un gabinete de vasta conciliación desde el centro izquierdo hasta la izquierda radical, pero encontró tales obstáculos que tuvo que renunciar á la empresa, y se encargaron las negociaciones á Fallieres, miembro del gabinete Rouvier, que tropezó desde luego con la oposición de los radicales.

Habiendo fracasado con los radicales, con los oportunistas, Carnot acudió á un senador inamovible que aun no había sido ministro, al Sr. Tirard, que constituyó, sin grandes dificultades, un gabinete administrativo, encargándose de la cartera de Hacienda.

Del gabinete Rouvier, Tirard no conservó más que á Flourens en los Negocios Extranjeros, Dautresme en Comercio, en que debía continuar los preparativos de la Exposición Universal de 1889, y Fallieres, que cambió la cartera del Interior por la de Gracia y Justicia. Los demás colegas fueron Sarrien en el Interior, el general Logerot en Guerra, Mahy en Marina y Colonias, Faye en Instrucción pública y Bellas Artes, Loubet en Obras públicas y Viette en Agricultura. Los nuevos ministros se hallaban protegidos por su obscuridad relativa contra los violentos ataques que una prensa desenfadada solía inferir á los que llegaban al poder. Con el hombre probo que tenían al frente y que, para asumir la dirección política del país, había renunciado al alto cargo de presidente de la Comisión superior de la Exposición de 1889, constituían una administración honrada, aunque carecía de firmeza é iba á encontrar los mayores obstáculos en la oposición de los radicales, á quienes, sin embargo, había ofrecido Tirard varias carteras que no fueron aceptadas.

El día siguiente á la constitución del gabinete, el gobierno comunicó á ambas Cámaras el mensaje del presidente de la República. Este documento, de tono modesto, prometía una política de progreso, de paz y de concordia. La declaración ministerial, leída el 15 de diciembre, decía, casi en los mismos términos, que el gobierno procuraría apaciguar los espíritus en el interior. Después de lo cual la Cámara concedió al gabinete, por 487 votos contra 13, tres dozavos provisionales.

Discutiéronse dos cuestiones importantes antes de la clausura del Parlamento pronunciada el 17 de diciem-

bre. Próximo á expirar el tratado de comercio con Italia, era preciso conceder al gobierno, por vía legislativa, los poderes necesarios para prorrogar por seis meses el tratado vigente; lo cual se hizo el 15 en la Cámara, y el 16 en el Senado, é Italia consintió en una prórroga de dos meses. La segunda cuestión de orden interior era relativa á los abastecimientos de forrajes militares. Después de una larga discusión, fué mantenido el *statu quo*, y el abastecimiento se hizo como antes, cuatro quintas partes por empresa y el resto por gestión directa.

El 16 de diciembre los diputados socialistas de la Cámara se constituyeron en grupo distinto y redactaron un manifiesto que, después de haber proclamado, en términos muy generales, la autonomía comunal, la federación internacional de los pueblos, la solución arbitral de todas las diferencias entre las naciones lo mismo que entre los individuos, abordaba la cuestión de los ejércitos permanentes y no vacilaba en pedir su transformación en milicias sedentarias, compuestas de todos los ciudadanos mayores de edad, con la salvedad de subordinar esta transformación á las necesidades de la defensa nacional. Se pedía también la abolición de la pena de muerte y la limitación del derecho de castigar al derecho de defensa social; la soberanía del pueblo garantida por el sufragio universal, organizada de manera que se respetase el derecho de las minorías; la emancipación progresiva de la mujer; iguales derechos para los hijos naturales que para los hijos de matrimonio; la enseñanza integral, científica, profesional y militar gratuita para todos; la separación de la Iglesia y el Estado; la supresión del presupuesto de cultos; la libertad absoluta de pensar, hablar, escribir, reunirse, asociarse, contratar y trabajar; la transformación de los monopolios en servicios públicos; la nacionalización progresiva de la propiedad; la imposición de contribuciones progresivas sobre las riquezas personales; la abolición de la herencia en línea colateral, y la creación de casacunas, escuelas, cajas de retiro y cajas contra accidentes á cargo de la sociedad. Algunos de los firmantes de este manifiesto han permanecido fieles á sus ideas y las defienden aun en la prensa y en el Parlamento; otros habían de firmar, dos meses después, el primer manifiesto boulangierista y hacer todo lo posible, durante los dos años siguientes, para imponer una dictadura militar á Francia.

El 13 de diciembre de 1887, la sala de lo criminal del Tribunal de París falló que no había lugar á procesar á los Sres. Gragnon, Goron y Wilson por sustracción y sustitución de piezas en un expediente, «considerando que semejantes procedimientos deben ser altamente reprobados, pero que no caen bajo la aplicación de ninguna disposición de la ley penal.» La sustitución de las cartas primitivas por otras nuevas en el famoso expediente, era el menor de los delitos reprochados al yerno del ex presidente. El 29 de febrero de 1888, el tribunal de policía correccional reprimió otros más serios, pero que tampoco caían bajo el peso de la ley, puesto que el tribunal de apelación absolvió, el 26 de marzo siguiente, al condenado del 29 de enero, aunque no sin apreciar severamente las flaquezas morales que constaban en la causa. La condenación pronunciada el 19 de marzo contra el general Caffarel y contra la Li-

mouzin tuvo pleno efecto, y de aquella repugnante cuestión no hubiese quedado más que un triste recuerdo, pronto borrado en un país de impresiones fugitivas, si después de haber vivido retirado algunos meses, Wilson no hubiese pedido al sufragio universal una especie de absolución que no le fué negada.

El ministerio del 12 de diciembre sufrió una modificación parcial el 5 de enero. Mahy no quiso sujetarse á la costumbre de agregar al ministro de Marina un subsecretario para las colonias. Su sucesor, el vicealmirante Krantz, tomó á Félix Faure, y el 17 de febrero siguiente, cuando Félix Faure hubo dimitido, porque la Cámara había reducido los créditos del Tonkín, la subsecretaría de las Colonias fué confiada al señor de la Porte.

La renovación trienal del Senado, verificada el 5 de enero, no fué un triunfo ni una derrota para el ministerio y el partido republicano. De las 83 vacantes que había que cubrir, 65 estaban ocupadas por republicanos y 18 por reaccionarios; después de las elecciones, 62 pertenecieron á los republicanos y 21 á los reaccionarios. La importante mayoría que la izquierda conservó en el Senado eligió otra vez presidente á Le Royer, quien, en su discurso de apertura, dió prudentes consejos, afirmando que la República parlamentaria seguía siendo el refugio de las libertades públicas. Esta sensatez fué contagiosa, pues el presidente reelegido de la Cámara, Sr. Floquet, pareció convertido á la política concreta, cuando declaró que «los problemas relativos al procedimiento político interesaba menos vivamente á la nación que las cuestiones que atañen al fondo mismo de sus grandes negocios.» ¡Lástima que Floquet se contradijera algunas semanas después y contribuyese á la caída del gabinete Tirard, derrotado sobre una cuestión de procedimiento!

La misión comercial del Sr. Teisserenc de Bort en Roma fué señalada por un fracaso, y la satisfacción pueril dada á Francia por el Quirinal, con motivo de la cuestión de Florencia, donde un juez de paz italiano había entrado de viva fuerza en el consulado francés, no era propia para poner término á la tirantez de relaciones que existía entre una y otra nación. El juez de paz culpable fué simplemente trasladado á otro barrio. El 1.º de febrero de 1888, la ruptura económica con Italia era un hecho consumado, y había de durar once años y once días.

En el mes de marzo, mientras en Alemania un emperador moribundo sucedía al fundador de la unidad, el Senado discutía en segunda deliberación el contrato de servicios y adoptaba una ley concediendo pensiones á los heridos de febrero de 1848. Por su parte la Cámara consagraba una primera deliberación al proyecto de establecimiento de una caja de socorros y retiros para los mismos.

El 14 de marzo, al tomar posesión de la presidencia de la unión de las izquierdas, Rouvier demostró elocuentemente la necesidad de la unión en el partido republicano, pues sus divisiones le habían hecho perder numerosos puestos en el Parlamento y habían ocasionado la inestabilidad ministerial, haciendo imposible la constitución de una mayoría estable. Rouvier terminó poniendo á la República en guardia contra los dos escollos que todas las democracias deben evitar: la anarquía y el cesarismo.

La discusión de los presupuestos, empezada en la Cámara el 26 de enero de 1888, había de continuar sin notable interrupción en la Cámara misma, luego en el Senado y por segunda vez en la Cámara, hasta fines de marzo. A la postre, el presupuesto de ingresos de 1888, después de interminables discusiones, fué casi idéntico al de 1887. Se elevaba á cerca de 3.000 millones.

En la votación sobre el crédito de 20 millones pedido para el Tonkín hubo empate y, según la práctica parlamentaria, el crédito fué desechado. A duras penas consiguió el gobierno que se aprobara por 264 votos contra 256, después de haber sufrido una reducción de 200.000 francos. A consecuencia de este voto dimitió el subsecretario de las Colonias, Félix Faure, aunque la oposición iba menos contra este que contra el gabinete moderado. Los radicales negaron igualmente á Tirard los fondos secretos, que no fueron aprobados sino por 28 votos de mayoría.

En la discusión de los presupuestos parciales del ministerio de Negocios Extranjeros, Julio Ferry reapareció en la tribuna, señalando en un discurso elocuentísimo los grandes resultados obtenidos en el Tonkín por la política del protectorado. Finalmente, el 16 de marzo, después de una serie de votos contradictorios, la discusión del presupuesto general de ingresos, emprendida después de la del presupuesto de gastos, terminó con un voto que igualaba estos ingresos á los del presupuesto anterior.

En el Senado se oyeron dos buenos discursos, uno del duque de Audiffret-Pasquier sobre la contabilidad de los abastecimientos de guerra y otro del ministro de Obras públicas, Sr. Loubet, sobre el aplazamiento de 5.000 kilómetros de vía férrea á construir, y se restablecieron algunos créditos primitivamente propuestos por el ministerio y no admitidos por la Cámara. Esta aceptó algunos de los aumentos propuestos y cerró el presupuesto de gastos en 2.976 millones y en igual cantidad el de ingresos. La promulgación tuvo efecto el 21 de marzo.

No fué únicamente en el curso de la discusión de la ley de Hacienda que el ministerio obtuvo penosas mayorías; uno de sus miembros principales, el Sr. Flourens, era candidato en las elecciones que debían verificarse el 26 de febrero en varios departamentos. La extrema izquierda acusó al ministro de practicar la candidatura oficial y dos diputados presentaron una proposición de ley prohibiendo á los ministros la candidatura en las elecciones parciales. La urgencia, combatida por el gabinete, no fué desechada sino por la débil mayoría de 238 votos contra 221.

Por aquellos días circuló profusamente en todos los departamentos en que debían verificarse elecciones un manifiesto sin fecha, procedente de un grupo de electores y firmado, en nombre de un supuesto *Comité de iniciativa*, por Jorge Thiebaud, antiguo candidato bonapartista en el departamento de los Ardenas. El manifiesto invitaba á los electores á votar sin distinción de partidos por el general Boulanger, á fin de «improvisar con su nombre, convertido en bandera por la opinión pública, la demostración de la unión para la defensa común.» Thiebaud continuaba afirmando que Bismarck se felicitó de haber obtenido una victoria parlamentaria el día en que ciertas intrigas ocasionaron

la retirada del general. Atribuía á Boulanger el mérito de haber sido el único, después de Thiers y Gambetta, en seguir una «política nacional,» de haber devuelto al ejército la fe en su valor y de haber dado al país conciencia de su fuerza y de su derecho. El manifiesto terminaba diciendo que votar por el general no impedía de hecho ninguna otra candidatura. Efectivamente Boulanger era inelegible. Al día siguiente de la elección presidencial, escribió á Carnot felicitándole por su triunfo, después de lo cual se encerró aparentemente en sus funciones militares. En realidad buscó con paciencia y sordamente la revancha de su caída ministerial, y su estado de ánimo hacía de él una presa fácil para un hombre osado como Thiebaud y un instrumento manejable para manos tan hábiles como audaces.

El general se limitó á decir, en un telegrama anónimo, que «permanecía ajeno á todo lo que ocurría respecto á las elecciones legislativas del 26 de febrero,» y la maniobra de Thiebaud tuvo el éxito esperado por su autor. El general inelegible no fué elegido, pero su nombre reunió 55.000 votos.

El ministro de la Guerra mandó pedir al comandante del 13.º cuerpo de ejército que protestase contra el uso que se había hecho de su nombre. El general contestó el 3 de marzo con una carta en que no vibraba la indignación natural del hombre á quien se atribuye una conducta indigna. Boulanger prometía suplicar á sus amigos que no desviasen á su favor unos sufragios que no podía aceptar. Sus amigos eran los redactores del *Intransigente*, de *La linterna*, de *La Francia* y de *La Cocarde*, era Thiebaud, en busca de un robusto palo para armar de nuevo la escoba de 1851.

Desde el 3 hasta el 15 de marzo todos los hombres de talento, al observar lo que con mucha propiedad se llamó el estado de espíritu boulangierista, se preguntaron ansiosos si el país no se hallaba otra vez amenazado de cesarismo, si la masa inconsciente de los descontentos, de los ambiciosos y de los patriotas de parada no iban á entregar una vez más la patria á un hombre. Preguntábanse también si Francia tenía un gobierno que quisiese y supiese gobernar. La contestación apareció en el *Diario Oficial* del 16 de marzo. En un informe al presidente de la República, el general Logerot, ministro de la Guerra, recordaba todas las violaciones de la disciplina militar cometidas por el general Boulanger, sus tres viajes á París sin autorización, los dos últimos realizados bajo un disfraz, y proponía dejarlo de cuartel. La aprobación del presidente revistió el informe ministerial del nombre ilustre de uno de los fundadores del ejército francés.

Sin perder el tiempo en hacer entrega del mando á su sucesor, el general marcha á París y se avista con un Comité constituido en que figuran los Sres. Chevillon, Laur, Vergoin, Laisant, Borie, Michelin, Deroulede, Laguerre, Susini, Duguyot, Le Herissé, Rochefort, Mayer, Lalou y otros. Este comité patrocinará en las elecciones parciales la candidatura de Boulanger «no para hacerle entrar en la Cámara (era todavía inelegible), sino á título de protesta contra un gobierno que no se inspira en el sentimiento de la patria.» Al mismo tiempo los Sres. Laguerre, Laisant, Laur, Le Herissé y Rochefort invitan á los electores de Marsella, llamados á elegir un diputado el 25 de marzo, á que voten por el ge-

neral Boulanger á título de «protesta nacional.» ¡Cómo se abusa de los sagrados nombres de nación y de patria para toda clase de causas!

El Comité primitivo se transforma en *Comité republicano de protesta nacional* y excita á los electores del Aisne, como á los de Marsella, á que voten por Boulanger. Doce diputados, tres periodistas y Deroulede declaran á Francia que el nombre del general Boulanger significa: «Libertades públicas, reformas democráticas en el interior y dignidad en el exterior,» y trata gravemente al general de «soldado republicano y patriota,» provocando por medio de su nombre una manifestación plebiscitaria.

En presencia de las debilidades de algunos de sus miembros, auxiliares conscientes ó inconscientes de la dictadura, la extrema izquierda reaccionó declarando terminantemente que, á ejemplo de los republicanos de todas épocas, detestaba el plebiscito, abdicación de un pueblo libre; recordó que la Revolución había obligado á los generales más gloriosos á inclinarse ante las leyes y que la intrusión de los jefes militares en la política no sólo es una amenaza para un país libre, sino que desarma, dividiéndolas, las fuerzas nacionales ante el extranjero. El grupo socialista hizo declaraciones análogas á las de la extrema izquierda. La izquierda radical no se pronunció hasta que Cassagnac hubo interpelado al gobierno sobre el decreto del 14 de marzo. Tirard anunció que el gobierno había resuelto citar al general Boulanger ante un Consejo de información, para responder de las nuevas faltas de disciplina que había cometido desde que se hallaba en situación de cuartel. A fin de no influir en el Consejo de información con un voto de censura, el gobierno declaró que se contentaría, como conclusión de la interpelación, con la orden del día pura y simple, que fué votada en efecto.

El anuncio de la comparación del general Boulanger ante un Consejo de información asustó al *Comité de protesta nacional* que, llenando de injurias á Tirard y á «los ministros indignos que habían merecido los elogios de Prusia,» retiró la candidatura del general para las dos elecciones parciales del 25 de marzo. En Marsella, donde el partido obrero socialista revolucionario se había pronunciado enérgicamente contra Boulanger, éste no tuvo 1.000 votos sobre 80.000 sufragios emitidos; en Mezieres tuvo 45.000 contra 52.000 dados al candidato republicano y al candidato reaccionario. El cesarismo triunfó, pues, en el Norte en la persona de Boulanger, y el anarquismo en el Sur de Francia en la persona de Félix Pyat. Al día siguiente de esta triste jornada, el Consejo de información, reunido bajo la presidencia del general Fevrier, acordó por unanimidad que el general Boulanger se encontraba en el caso de ser licenciado, por faltas graves contra la disciplina. El 27 de marzo se le dió, no la licencia, porque contaba más de treinta años de servicios, sino el retiro forzoso.

Al día siguiente, el general retiró su candidatura en el Aisne, porque, según él decía, no era elegible cuando obtuvo 45.000 sufragios. ¿Se había convertido, por ventura, en escrupuloso observante de la disciplina, desde el momento que ésta no se aplicaba á él? No, es que se reservaba para una elección de más efecto, la del Norte, señalada para el 16 de abril. A partir del 30 de marzo, todo el programa que le habían dictado los que le hacían obrar y que había de servirle durante toda

II

su ruidosa y efímera carrera política, se reducía á estas dos palabras: «Disolución y revisión.»

La segunda mitad de este programa fué adoptado por la mayoría de la Cámara el 31 de marzo, y Floquet, á quien había ayudado Clemenceau, tuvo encargo de aplicarla al frente de un nuevo ministerio. Al principio de la legislatura ordinaria, Floquet había aconsejado á sus colegas que no buscasen la solución de los problemas de procedimiento político, pero se había guardado bien de seguir este buen consejo. Durante las doce ó trece semanas que duró la discusión de los presupuestos, siguió presidiendo la Cámara con talento, y pareció ajeno á las intrigas que se urdían en torno de las carteras ministeriales. Sin embargo, obraba y hacía obrar. Fué indudablemente con su asentimiento que Flourens sondeó el ánimo del Sr. de Mohrenheim acerca de una conciliación entre el presidente de la Cámara francesa y el hijo del zar, á oídos del cual había sonado el histórico grito de «¡Viva Polonia!» Esta conciliación se había operado y de ella se había deducido que Alejandro III vería sin desagrado la elevación del abogado de 1867 á la presidencia del Consejo.

Necesitábase un pretexto para derribar al gabinete del 12 de diciembre, precisamente cuando acababa de prestar á la República y á las instituciones libres un brillante servicio, cuando había hecho olvidar sus timideces pasadas con el rudo golpe dado al aspirante á dictador. El pretexto lo proporcionó el diputado boulangierista Sr. Laguerre, quien pidió de pronto la discusión de una proposición de revisión constitucional, presentada por otro boulangierista, el Sr. Michelin, é inscrita en la orden del día de la Cámara. La derecha, comprendiendo el partido que se puede sacar de esta cuestión contra la República, apoya al orador. La izquierda radical hace causa común con la derecha. Los jefes del partido republicano, sus principales oradores, Brisson, Rouvier, Goblet, procuran en vano abrir los ojos á la mayoría. Tirard combate á su vez la urgencia en breves palabras muy dignas; urgencia que apoyan Andrieux y Clemenceau, y la Cámara, tres años después de su voto nefasto del 30 de marzo de 1885, comete una falta casi tan grave, derribando al ministerio Tirard por 34 votos de mayoría.

Grande es la responsabilidad de Clemenceau en la crisis abierta el 31 de marzo. Contribuyendo á derrocar del poder al ministro que acababa de excluir del ejército á un general faccioso, daba á todos los republicanos el derecho de evocar su pasado y de recordar que, con su gran talento oratorio y todos los recursos de su ingenio, había asestado rudísimos golpes á la República, no dejando vivir á los ministerios, destruyendo la confianza de la democracia en hombres como Gambetta y Julio Ferry. Más tarde impuso á Freycinet el nombramiento de Boulanger como ministro de la Guerra, respondiendo de su pureza republicana. Ciertamente es que fué uno de los primeros que penetraron las veleidades dictatoriales del general y comprendieron el peligro que corrían las instituciones libres; pero eran muchos los que seguían teniéndole por ídolo y Clemenceau era responsable del renacimiento de aquel espíritu cesariano, denunciado por Rouvier, combatido por Tirard y por todos los moderados á quienes no ha cesado de hacer una guerra despiadada.

Formado un día después de la decisión que hizo elegible al general Boulanger y derribado un día después de la triunfante elección de éste en París, el ministerio Floquet vió la prodigiosa fortuna del aspirante á dictador, no hizo nada para detener sus progresos y dejó á todos la convicción de que la República necesitaba, para asegurar su existencia, una administración más previsora y más firme. En la memoria de todos está aún el recuerdo de aquellos once meses, en que cada día llegaba la noticia de una victoria de la facción, en que todos los enemigos de la República se exaltaban á la esperanza del próximo triunfo, en que todos sus amigos esperaban, con una indignación pasiva, la confiscación de todas las libertades por un soldado rebelde, la ruina de la patria en el interior y su decadencia en el exterior por el esfuerzo combinado de los monárquicos, de los blanquistas, de los descontentos y de los patriotas de relumbrón.

El gabinete del 3 de abril se constituyó con tal rapidez que pareció formado de antemano. Por pura fórmula se ofrecieron carteras á los diputados no radicales Sres. Rouvier, Ricard y Loubet, que las rechazaron. Rouvier veía con inquietud á Goblet en el ministerio de Negocios extranjeros, y Ricard y Loubet hubieran querido que la revisión no figurase en el programa ministerial. A falta de hombres notables de la izquierda republicana, echóse mano de otros menos conocidos, ó que militaban en los confines de la izquierda radical. Floquet tuvo con la presidencia del consejo el ministerio del Interior; el Sr. Ferroillat el de Gracia y Justicia; Goblet el de Negocios extranjeros; Peytral el de Hacienda; Freycinet el de Guerra; el vicealmirante Krantz el de Marina y Colonias; Lockroy el de Instrucción pública y Bellas Artes; Deluns-Montaud el de Obras públicas; Pedro Legrand el de Comercio é Industria, y Viette el de Agricultura.

El gabinete contenía republicanos sinceros y hombres de incontestable talento, pero resultaba débil á causa del carácter de su jefe, del programa adoptado, de la presencia de Freycinet en el departamento de la Guerra, de la de Goblet y Lockroy en un gobierno que había de luchar contra los fautores de la dictadura y sobre todo de las circunstancias en que este gobierno se había formado.

Excelente en la presidencia de la Cámara en que se había mostrado firme, imparcial, ocurrente y digno, Floquet había de mostrarse, como presidente del Consejo, testarudo, parcial en favor de los radicales, inoportuno y más bien fastuoso que digno. La inscripción en su programa de gobierno de uno de los artículos inscritos en los programas boulangierista, revolucionario y monárquico fué un error inicial que había de expiar caramente y que Francia estuvo á punto de expiar con él. El ensayo de un ministro civil en el departamento de la Guerra era quizá inoportuno, cuando el general Logerot, antecesor de Freycinet, acababa de llamar tan enérgicamente al comandante del 13.º cuerpo de ejército al respeto de la disciplina. Y aun sorprendió más al ver en el gabinete á Goblet, el ex presidente del Consejo que había mantenido á Boulanger en el ministerio de la Guerra, al subir al poder en di-